

con el tono, el gesto, y a veces la cosmética misma, todo cuanto dice, y a pesar suyo dogmatiza, enfatiza y pedantea en mayor o menor grado. Vicios son éstos anejos a la oratoria, de los cuales yo mismo, cuando os hablo en clase, no estoy exento.

\* \* \*

*(Mairena lee y comenta versos  
de su maestro.)*

Mairena no era un recitador de poesías. Se limitaba a leer sin gesticular y en un tono neutro, levemente musical. Ponía los acentos de la emoción donde suponía él que los había puesto el poeta. Como no era tampoco un virtuoso de la lectura, cuando leía versos —o prosa— no pretendía nunca que se dijese: ¡qué bien lee este hombre!, sino: ¡qué bien está lo que este hombre lee!, sin importarles mucho que se añadiese: ¡lástima que no lea mejor! Le disgustaba decir sus propios versos, que no eran para él sino cenizas de un fuego o virutas de una carpintería, algo que ya no le interesaba. Oírlos declamados, cantados, bramados por los recitadores y, sobre todo, por las recitadoras de oficio, le hubiera horripilado. Gustaba, en cambio, de oírlos recitar a los niños de las escuelas populares.

\* \* \*

Escribiré en tu abanico:  
te quiero para olvidarte,  
para quererte te olvido.

Estos versos de mi maestro Abel Martín —habla Mairena a sus alumnos— los encontré en el álbum de una señorita —o que lo fué, en su tiempo— de Chipiona. Y estos otros escritos en otro álbum, y que parecen la coda de los anteriores:

Te abanicarás  
con un madrigal que diga:  
en amor el olvido pone la sal.

Y estos otros, publicados hace muchos años en *El Faro de Rota*:

Te mandaré mi canción:  
“Se canta lo que se pierde”,  
con un papagayo verde  
que la diga en tu balcón.

Son versos juveniles de mi maestro, anteriores no a la invención, acaso, pero sí al uso y abuso del fonógrafo, de ese magnífico loro mecánico que empieza hoy a fatigarnos el tímpano. En ellos se alude a una canción que he buscado en vano, y que tal vez no llegó a escribirse, al menos con ese título.

Pensaba mi maestro, en sus años románticos, o —como se decía entonces con frase epigramática popular— “de alma perdida en un melonar”, que el amor empieza con el recuerdo, y que mal

se podía recordar lo que antes no se había olvidado. Tal pensamiento expresa mi maestro muy claramente en estos versos:

Sé que habrás de llorarme cuando muera  
para olvidarme y, luego,  
poderme recordar, limpios los ojos  
que miran en el tiempo.  
Más allá de tus lágrimas y de  
tu olvido, en tu recuerdo,  
me siento ir por una senda clara,  
por un "Adiós, Guiomar" enjuto y serio.

Mi maestro exaltaba el valor poético del olvido, fiel a su metafísica. En ella —conviene recordarlo— era el olvido uno de los "siete reversos, aspectos de la nada o formas del gran Cero". Merced al olvido puede el poeta —pensaba mi maestro— arrancar las raíces de su espíritu, enterradas en el suelo de lo anecdótico y trivial, para amarrarlas, más hondas, en el subsuelo o roca viva del sentimiento, el cual no es ya evocador, sino —en apariencia, al menos— alumbrador de formas nuevas. Porque sólo la creación apasionada triunfa del olvido.

... ¡Sólo tu figura  
como una centella blanca  
escrita en mi noche oscura!

Y en la tersa arena,  
cerca de la mar,  
tu carne rosa y morena,  
súbitamente, Guiomar.



En el gris del muro,  
cárcel y aposento,  
y en un paisaje futuro  
con sólo tu voz y el viento;

en el nácar frío  
de tu zarcillo en mi boca,  
Guiomar, y en el calofrío  
de una amanecida loca;  
asomada al malecón  
que bate la mar de un sueño,  
y bajo el arco del ceño  
de mi vigilia, a traición,  
¡siempre tú!, Guiomar, Guiomar,  
mírame en ti castigado:  
reo de haberte creado,  
ya no te puedo olvidar.



Aquí la creación aparece todavía en la forma obsesionante del recuerdo. A última hora el poeta pretende licenciar a la memoria, y piensa que todo ha sido imaginado por el sentir.

Todo amor es fantasía:  
él inventa el año, el día,  
la hora y su melodía,  
inventa el amante y, más,  
la amada. No prueba nada  
contra el amor que la amada  
no haya existido jamás...